



FRATERNIDAD DE SAN JOSÉ CUSTODIO REDEMPTORIS CUSTOS

Abril 2023 · Boletín trimestral nº 20



Queridos amigos y benefactores de la Fraternidad,

¡Cristo Resucitó, Aleluya! ¡Feliz Pascua de Resurrección!

Cuando ustedes reciban este boletín, el Domingo de Pascua 9 de abril habrá quedado atrás. No obstante, celebraremos todavía la victoria de Cristo sobre la muerte y la primicia de nuestra resurrección en el Tiempo pascual. Pronto llegará la solemnidad de la Ascensión de Nuestro Señor y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Luego, se sucederán otros tiempos y celebraciones litúrgicas en las que Dios, en su infinita misericordia, nos concederá nuevas gracias.

Pues bien, en la Iglesia, estos tiempos y solemnidades se enmarcan en lo que llamamos Año Litúrgico. El Año Litúrgico constituye el tiempo que media entre las primeras vísperas de Adviento y la hora nona de la última semana del tiempo ordinario, tiempo en el cual la Iglesia celebra el entero misterio de Cristo, desde su nacimiento hasta su última y definitiva venida, llamada Parusía.

Estos momentos históricos de nuestra salvación que honramos religiosamente cada año, nos son ofrecidos por Dios para actualizarlos y convertirlos, bajo la acción del Espíritu Santo, en fuente de gracia divina, aliento y fuerza. Así, en cada tiempo, nos beneficiamos con gracias distintas y necesarias para nuestra vida cristiana. En Adviento, por ejemplo, con la gracia de la esperanza cristiana y la conversión del corazón; en Navidad, con el gozo íntimo de la salvación; en Cuaresma, con la penitencia y la conversión; en Pascua, con el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte; en Pentecostés, con el coraje y la valentía para salir a evangelizar; entre otras cosas.

Queridos amigos, son muchas las oportunidades que tenemos en el año en las que nuestro Buen Padre Dios sale a nuestro encuentro para ofrecernos la salvación por medio de Jesucristo, para darnos su gracia, para darnos su Amor. Recordemos que hemos sido creados para amarle y con su Amor. Vayamos pues a su encuentro.

Rama Femenina

La alegría cristiana, la que falta al mundo - Extracto del artículo de Infocatólica, parte I, del padre José María Iraburu

—El cristianismo es hoy acusado como causa de tristeza para el mundo. Desde que hace unos siglos se inició la apostasía de Occidente es ésta una de las peores y más generalizadas calumnias contra Cristo y su Evangelio. Según ella, la Iglesia de Cristo ha entristecido a la humanidad con la religión del Crucificado, haciéndole perder la ingenua alegría del paganismo antiguo.

—El paganismo fue y es muy triste. Digan lo que digan. Lo fue. Cuando San Pablo, en Romanos 1, hace una descripción de las miserias del mundo pagano —avaricia, maldad, dureza de corazón, perversiones sexuales, homicidios—, hace derivar todos estos males de la negación de Dios. «*Trocaron la verdad de Dios [que es luz y alegría] por la mentira [que es oscuridad y tristeza], y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar de al Creador, que es bendito por los siglos, amén. Y por eso los entregó Dios a las pasiones vergonzosas*». Toda la necesidad mental y la degradación moral de los paganos de Roma la deriva San Pablo de la ignorancia y del desprecio del Creador, plenamente revelado en Cristo.

Lo es actualmente. Las enfermedades mentales, la criminalidad, los divorcios, adulterios y abortos, la droga, las guerras incesantes, cada vez más mortíferas, los suicidios, las ideologías políticas que destrozan las naciones y que provocan genocidios y terrorismo, la degradación sexual, y tantas otras miserias indeciblemente entristecedoras, han ido creciendo implacablemente año tras año en las naciones de antigua filiación cristiana. Al perderse la fe, la razón se ha quedado imbécil: no alcanza a conocer, por ejemplo, que el aborto es un homicidio, o que dar los mismos derechos al matrimonio y a la unión homosexual es una enorme estupidez, además de ser una gran injusticia.

La fe y la razón se han perdido simultáneamente. Se mató la religión y se murió la filosofía. Sin la luz del Evangelio, los hombres y las sociedades se han quedado muy tristes, aunque no lo reconozcan, y aunque traten de vencer su tristeza con mil gastos, diversiones, placeres, viajes, droga y actividades frenéticamente enajenantes, no lo consiguen en absoluto. No tienen modo de vencer su tristeza porque están en las tinieblas del absurdo, «*sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (Ef 2,12)... ¿Es así o no es así? Es así. La realidad lo afirma de modo irrefutable. Al menos en algunas cuestiones la estadística no miente: la curva de la irreligiosidad asciende perfectamente unida a las curvas de la tristeza, de la fealdad, de las enfermedades mentales, de la disgregación de la familia y de la sociedad. Y al aumento de suicidios.

—El Reino de Dios es luz y alegría.

La alegría profetizada para los tiempos del Mesías. «*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo; se gozan en tu presencia como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín*» (Is 9,2-3). «*Consolad, consolad a mi pueblo*» (49-52). «*Aclamad al Señor, toda la tierra, servid al Señor con alegría*» (Sal 99,1-2). «*Alérgrense y gocen contigo todos los que te buscan*» (69,5).

La alegría del Bautista y de su madre: «en cuanto oyó Isabel el saludo de María exultó el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo». Ella misma lo afirma: «*así que sonó la voz de tu saludo en mis oídos [la voz de María], exultó de gozo el niño en mi seno*» (Lc 1,41-44). Antes de nacer, Cristo alegra de modo inefable a Juan, aún no nacido. Y Juan, ya de mayor, declara que el amigo del esposo «*se alegra grandemente de oír la voz del esposo. Por eso mi alegría, que es ésa, ha llegado a su colmo*» (Jn 3,29).



La alegría de María: «*mi alma magnifica al Señor y exulta de alegría en Dios mi salvador*» (Lc 1,46-47).

La alegría de Cristo, en la plenitud de los tiempos. La «*gran alegría*» que los ángeles anuncian y comunican a los pastores es el Evangelio, es decir, la buena nueva del nacimiento del Salvador (Lc 2,10). Ésa es la causa por la que los Magos «*se alegraron grandemente*» (Mt 2,16). Y Cristo, en su ministerio público, se alegra de la sabiduría de los más pequeños: «*en aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo*» (Lc 10,31). Y aún crece más la alegría con la resurrección de Cristo —Magdalena, Emaús, los apóstoles—, con la alegría de su ascensión a los cielos, con la comunicación pentecostal del Espíritu Santo... Basta ya, para qué seguir. Estamos ante una alegría sobre-humana, anticipación del gozo de la vida celeste.

Es evidente que, ya en su vida mortal, Jesús es el más feliz de todos los hombres, sencillamente porque el ser humano, que es amor —a imagen de Dios—, es feliz y se alegra en la medida en que ama y se sabe amado. Ahora bien, nadie es amado por Dios y por los hombres —no por todos— como Jesús, y él lo sabe. Nadie ama a Dios como Jesús, y nadie como él ama a los hombres, por los que da su vida. Por otra parte, nadie se goza en la bondad y la belleza de las criaturas como él, el Verbo encarnado, pues «*todo fue creado por él y para él, y todo subsiste en Él*» (Col 1,16-17).

Adviértase, por otra parte, que estoy hablando del mismo Jesús del que Santa Teresa dice con toda verdad: «*¿qué fue toda su vida sino una cruz, [teniendo] siempre delante de los ojos nuestra ingratitud y ver tantas ofensas como se hacían a su Padre, y tantas almas como se perdían?*» (Camino Perf. 72,3). Es el «*cada día muero*» (1Cor 15,31) de San Pablo. Gran misterio: ningún amor, ninguna alegría, ningún dolor es mayor que el amor, la alegría y el sufrimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

—La alegría de los cristianos es la misma de Cristo, pues hemos de «*tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús*» (Flp 2,5). «*Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos*» (4,4). Es una alegría espiritual profunda y continua, que hemos de guardar con extremo cuidado, vayan como vayan las cosas en el mundo y en la Iglesia. Es una alegría que, antes incluso de la venida de Cristo Salvador, ya es pregustada en Israel, como se ve en los salmos:

«*Tengo siempre presente al Señor, con Él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena: porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha*» (15,8-11). «*Que se alegren los que se acogen a Tí con júbilo eterno. Protégelos, para que se llenen de gozo los que aman tu Nombre*» (5,12).

La santa Madre Iglesia tiene motivos sobrados para educar a sus hijos en la perfecta y continua alegría. Gracias a la encarnación del Hijo divino, a su pasión y resurrección, a su ascensión al cielo y a la comunicación del Espíritu Santo, gracias a la reconciliación con Dios y a la nueva filiación divina, gracias a la apertura de la puerta del cielo, se suscita en los discípulos de Cristo «*esta efusión de gozo pascual, y el mundo entero se desborda de alegría*» (Pref. pascual II).

Ahora, en la plenitud de los tiempos, todo es para nosotros motivo de alegría, causa nostræ letitiæ, porque sabemos que todo colabora para el bien de los que aman a Dios (Rm 8,28). A través de todas las vicisitudes de nuestra vida, continuamente estamos recibiendo los cristianos las buenas noticias de la fe y de la esperanza, porque continuamente somos evangelizados. Y por eso, mediante la oración y la ascesis, procuramos con todo empeño mantener siempre encendida en el altar de nuestro corazón la llama de la alegría, sin permitir que nada ni nadie la apague.

Rama masculina

La santificación de nuestras relaciones sociales – Del Compendio de Teología ascética y mística, de Adolphe Tanquerey (Continuación, nn. 611-615)

V. Santificación de las relaciones de apostolado

Claramente se echa de ver que las obras de apostolado pueden y deben ser para nosotros un medio de santificación. Y, sin embargo, hay quienes encuentran en ellas un manantial de disipación, de tibieza espiritual, y hasta de ocasiones de pecado, y un principio de su condenación. Recuérdese lo que un hombre de vida activa decía a Dom Chautard: *“La abnegación me ha perdido”* (Alma de todo apostolado, ed. francesa, 1915, p. 73). Verdaderamente hay quienes se dejan absorber de tal modo por las obras exteriores, que nunca tienen tiempo para hacer los ejercicios más esenciales de piedad; de aquí viene un abatimiento moral, que deja lugar a las pasiones para que revivan, y abre el camino a tristes concesiones: con el amor sobrenatural de las almas se mezcla insensiblemente un elemento natural y sensible; tranquilizan mutuamente, con el pretexto de que, lo que principalmente desean, es hacer el bien o recibirla, cometan imprudencias, atrévensen a ciertas familiaridades, y el fin es desastroso. Sea como fuere, donde no hay vida interior, pocos méritos pueden alcanzarse para sí propio, y la acción exterior tiene éxitos de poca monta, porque la gracia de Dios no puede hacer fecundo un ministerio que apenas deja lugar a la oración. Importa mucho, pues, dar vida a las obras exteriores por medio del espíritu de oración. Para mejor salir con ello, los medios principales son los siguientes.

A) Lo primero que se ha de tener presente es la jerarquía que hay entre las obras de celo, y que las más eficaces de éstas son la oración y el sacrificio, el ejemplo y, en último lugar, la palabra y la acción. Para convencernos de esto tengamos muy presentes los ejemplos de Nuestro Señor, cuya vida entera fue una oración y un sacrificio perpetuo, y que comenzó por poner por obra lo mismo que después enseñó a los demás, pasando treinta años en la vida oculta, antes de emplear tres en su ministerio público. No olvidemos el proceder de los apóstoles, que se descartaron de ciertas obras de caridad que echaron sobre los diáconos, para ellos dedicarse más desembarazadamente a la oración y a la predicación del Evangelio (cf. Act. 6, 4). Resuene de continuo en nuestros oídos la voz de S. Pablo, que nos dice no ser autor del bien el que planta ni el que riega, sino Dios, que hace brotar y crecer la simiente (cf. I Cor. 3, 7).

Lo primero, pues, a que habremos de atender, será la oración; jamás dejaremos los ejercicios esenciales, como son la oración, la acción de gracias, el rezo piadoso del oficio divino, el examen de conciencia, el ofrecimiento explícito de



nuestras principales obras, enteramente persuadidos de que así haremos por las almas mucho más que si gastáramos toda nuestra vida en la acción. El pastor de almas ha de ser, como dice S. Bernardo, un depósito, y no solamente un canal; por el canal se va todo a medida que entra, sin quedar nada en él; el depósito llénase primeramente, y después reparte de su plenitud sin daño de sí mismo (cf. S. Bernardo, In Cantica, sermo XVIII, 3).

B) Otro medio de no abandonar la vida interior es mirar a formar un grupo escogido, sin por eso descuidar la mayoría. Para poder conseguirlo, siéntese mucho allá dentro la necesidad de ser hombre de vida interior; los estudios ascéticos que hemos de hacer, los consejos que damos a los demás, los ejercicios de virtud que les imponemos, llevan forzosamente a la vida de oración y de sacrificio. Mas para eso es menester que estemos dispuestos a hacer aquello mismo que aconsejamos a los demás; así no tendremos miedo de caer en la relajación ni en la tibieza. De hecho, muchos sacerdotes entraron por los caminos de la vida interior por el cuidado que pusieron en formar un grupo de almas escogidas.

C) En la explicación de la doctrina a los fieles, ya fuere dogmática o moral, hemos de seguir un plan determinado para exponer el conjunto de los dogmas y de las virtudes cristianas: al preparar las instrucciones, damos paso a nuestra devoción, porque entramos en deseos de poner por obra lo que aconsejamos a los demás.

D) Por último, en el ejercicio ordinario del ministerio parroquial, con ocasión de los bautizos, matrimonios, funerales, visitas de enfermos, de pésame, y aún las de simple cortesía, hemos de acordarnos siempre de que somos sacerdotes y apóstoles, esto es, servidores de las almas. Así, pues, luego de unas cuantas razones de cortesía, no tengamos reparo en levantar los espíritus y los corazones hacia Dios; una conversación sacerdotal ha de sugerir siempre un *Sursum corda*. Con estos medios conservaremos y acrecentaremos nuestra vida interior; el ministerio nuestro, vivificado por la gracia, dará frutos centuplicados (Jn. 15, 5) De esta manera, pues, todas nuestras relaciones con el prójimo pueden y deben ser elevadas al orden sobrenatural; conviértense todas ellas en ocasión de adelantar en la virtud, y de acrecentar en nosotros la vida divina de que tan abundante participación hemos recibido.

San José

San José, el hombre de la vida exterior - Del libro san José en la Vida de Cristo y de la Iglesia, del padre Mauricio Meschler, SJ

La vida del hombre no es ni exclusivamente interior ni exclusivamente exterior. Compuesto de cuerpo y alma, el hombre está llamado a ejercer su actividad en una doble esfera. Además, no vive aislado, sino en sociedad, entablando relaciones con sus semejantes. Su vida, por lo tanto, es mixta, es decir, es a la vez exterior e interior.

San José conocía esta ley de nuestra naturaleza. Por lo tanto, encontramos en él, simultáneamente, la vida interior y exterior. No era un ermitaño. No era uno de esos esenios tan numerosos entonces en Judea. Vivía en la sociedad de sus semejantes y, sobre todo, en la de la Sagrada Familia, de la que era cabeza, sostén y protector.

Además, estaba en contacto, incluso frecuente, con sus conciudadanos y ejercía una profesión que necesariamente lo ponía en contacto con extraños. Tuvo que viajar repetidamente. Cada año, por lo menos, iba a Jerusalén para las grandes fiestas. Obligado a huir por orden de Dios, fue a Egipto y permaneció allí por algún tiempo. Si el arte cristiano lo representa con un bastón es, entre otros significados, para recordar estos viajes.

Finalmente, san José ejerció una profesión, una profesión muy vulgar y material, porque con su trabajo debía asegurar el pan de cada día a la Sagrada Familia. Por eso, en pinturas o mosaicos de los primeros siglos, vemos una sierra o un hacha junto al Belén: es la herramienta del carpintero.

Pero esta vida exterior de nuestro santo fue una vida admirablemente ordenada y perfecta. Por las siguientes razones: primero, por las razones que le hacían cumplir sus deberes de estado, así como por su obediencia a la voluntad de Dios, por su amor a Jesús y a María, que formaban su familia, muchas veces también por caridad hacia prójimo y el noble deseo de ayudarlo. De acuerdo con los principios de perfección y las máximas de los santos, la vida exterior debe fluir de alguna manera de la plenitud del espíritu interior.

En segundo lugar, la vida exterior de san José fue una vida admirablemente ordenada y perfecta, tal como se comportó en ella. Se entregó a ella sin nada que sufrir por el cuidado de su vida interior, la vigilancia sobre su alma y su unión con Dios. Su vida exterior fue como el florecimiento de su alma. El pensamiento de Dios, el amor de Dios inspiró, acompañó y ennobleció cada uno de sus actos, y los transformó en tantos actos de virtud. Lejos de verse comprometida por la vida exterior, la vida interior se enriquecía continuamente con todas las dificultades y contratiempos, con todos los sacrificios que se presentaban. Crecía también incesantemente la caridad divina y gozaba también el santo del consuelo de haber sido útil a sus semejantes.

San José nos da así una gran lección. Todos tenemos que llevar una vida exterior. Pero tenemos que ordenarla. Todos tenemos que trabajar. Pero es necesario trabajar correctamente. Y aquí hay dos escollos a evitar: la falta y el exceso.

La falta. Muchas veces trabajamos muy poco: es ociosidad, pérdida de tiempo, falta de seriedad, descuido en consagrar nuestra vida, nuestras fuerzas y nuestros talentos a la gloria de Dios y al bien del prójimo. Otras veces, también, el mal no consiste en no hacer nada, en no entregarse a ningún oficio, sino en gastarnos en multitud de negocios inútiles, en ocuparnos de cosas que no pertenecen a nuestra vocación, ni a nuestros deberes de estado, que no son de utilidad real ni para nosotros ni para nuestros semejantes. Actuar y trabajar así no es actuar ni trabajar: es moverse, agitarse, seguir su propio capricho. Examinemos seriamente, ante Dios y ante nuestra conciencia, cómo hemos usado nuestra vida, nuestras fuerzas y nuestros talentos. Un día

Dios nos pedirá cuentas no solo por el mal trabajo, sino también por la pérdida de tiempo.

En segundo lugar, el exceso. Podemos trabajar demasiado. Se trabaja demasiado cuando el trabajo exterior se hace en detrimento del interior, en detrimento de nuestra conciencia y de Dios; cuando, absorbidos por el exterior, dejamos de proponernos una intención superior y sobrenatural; cuando nos entregamos a estas ocupaciones sin poner nuestra confianza en Dios; cuando nos aferramos a ellos servilmente, sin pensar en la eternidad. Tomado en el verdadero sentido del término y con su significado cristiano, el trabajo ejercido por Dios y por la salvación de nuestra alma es una obligación y un honor para el hombre. Es la condición de nuestro progreso y de nuestra felicidad en el tiempo y en la eternidad. En el cielo, nuestra parte será, en realidad, lo que hayamos ganado por nuestro trabajo. Entendido de otra manera, el trabajo pierde todo su sentido; se convierte en una deidad cruel, un Moloc que devora el cuerpo y el alma del hombre. Finalmente —y esto es a lo que siempre debemos llegar— el trabajo es para el hombre y el hombre para Dios.

No es, por tanto, un fin, sino un medio... Por eso, para no tomar un camino falso en nuestro trabajo, dediquémonos algunos momentos cada día para recogernos y orar.

Como puede verse, san José es el modelo ideal de nuestro siglo, en el que el trabajo se convierte en ídolo. Por la justa medida que supo guardar, por la sabiduría con que unió la vida interior y la exterior, es el santo patrono tanto de la clase obrera como de los hombres apostólicos. Digámoslo mejor: es el modelo de todos los hombres. Pidámosle la gracia de imitarle en este punto: esta gracia es una de las que caen dentro de sus atribuciones.



Noticias de la Fraternidad

Encuentros en Brasil

En los meses de fin de año del 2022, tuvimos la alegría y la gracia de tener varios encuentros en Brasil.



Del 11 al 15 de noviembre, en la ciudad de Juiz de Fora, en el estado de Minas Gerais, tuvo lugar un retiro espiritual para mujeres basado en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. El retiro fue predicado por el padre Hernán Ducci y asistido por las hermanas, también contó con la diligente ayuda de los jóvenes amigos de la fraternidad en esta ciudad y con la generosidad de la familia Martins Teixeira en cuya casa se realizó el retiro.



En los días posteriores, varios encuentros se llevaron a cabo, uno con los jóvenes de la Universidad Federal de Juiz de Fora, un peregrinaje con jóvenes al santuario “Jesus do Livramento”, también un encuentro con los fieles de la parroquia san Joaquín y santa Ana en la ciudad Santos Dumont. Días más tarde, se visitaron los miembros de la tercera orden y amigos de la fraternidad en la ciudad de Concordia, en el estado de Santa Catarina.



Del 9 al 11 diciembre, en la ciudad de Juiz de Fora, tuvo lugar la universidad de verano Pro Civitate Dei en su tercera edición. El evento fue organizado por los jóvenes amigos de la fraternidad en esta ciudad y participaron interesantes conferencistas, entre ellos: Guilherme Freire, Diego Hernández, Lucas Lancaster, Carlos Eduardo y el concejal Uner Augusto. Muchos estudiantes y profesionales se reunieron en un ambiente de formación, piedad y convivencia festiva.

Damos gracias a Dios por la abundantes gracias derramadas en este tiempo, también por aquellos que providencialmente puso en nuestro camino para ayudarnos.

Actividades en Chile

Durante todo el mes de noviembre del 2022, en el marco del mes de María, el Padre Hernán Ducci aseguró una presencia sacerdotal cotidiana en el colegio Mackay, en Viña del Mar. El padre tuvo la oportunidad de visitar todos los cursos, conversar con los profesores y atender varias confesiones.



Del 6 al 8 de enero de 2023, en Santiago, tuvo lugar la quinta edición de la universidad de verano Pro Civitate Dei. El evento fue organizado por la Corporación Caritas in Veritate y algunos jóvenes amigos de la Fraternidad. Contó con la asistencia del P. Carlos Hamel y el Sr. Matthew Taylor. Además, con ocasión de este evento, los profesores Julio Alvear y José Antonio Vidal presentaron el libro “Defensa de la Hispanidad” de Ramiro de Maeztu de Ediciones Pro Civitate Dei.



Posteriormente, del 10 al 14 de enero, el padre Carlos Hamel y la hermana Clara, asistieron una Santa Misión que el colegio Mackay realizó en las poblaciones Gastón Hamel y Río Palena, en Viña del Mar. Los jóvenes misioneros del colegio fueron bien acogidos por los habitantes de estas poblaciones. La misión contempló la recepción de sacramentos, visita a los enfermos, bendición de casas y Santa Misa por los difuntos y en honor de la Virgen María.



Noticias de la Fraternidad

Misiones y retiro espiritual para varones en Brasil



Del 13 al 17 de febrero tuvo lugar una Santa Misión en la localidad de Taboão y Fazenda de Adolfo, en el municipio de Bom Jardim, en el estado de Minas Gerais. La misión fue predicada por el p. Hernán Ducci y contó con la asistencia de la consagrada Magaly Lanio. Igualmente participaron jóvenes provenientes de Juiz de Fora, también del mismo lugar. Los lugareños pudieron beneficiarse de la Santa Misa, Adoración al Santísimo Sacramento, visita a los enfermos, visita y bendición de hogares, catecismo para niños y charlas para jóvenes. Muchas personas participaron y acudieron a los sacramentos.



Posteriormente, del 17 al 21 de febrero, el P. Hernán predicó otro retiro espiritual ignaciano en la ciudad de Juiz de Fora, esta vez para varones.

Visita a Estados Unidos



El pasado mes de marzo, el p. Sebastián Fernández y Magaly Lanio realizaron una visita a los amigos y miembros de la Tercera Orden de la fraternidad en Maryland. Un encuentro tuvo lugar el 5 de marzo en el Centro Misión San Andrés y muchas personas participaron. En los días posteriores se bendijeron muchos hogares y se visitaron enfermos a los que se les administraron los sacramentos y se les impuso el escapulario. ¡Deo gratias!

CONTACTOS

Hermanas Fraternidad de San José Custodio

Domaine de La Castille
554 Route de la Farlède à La Crau
83210 SOLLIES-VILLE
France

TEL.
+33 607853477 (Francia)
+56998775125 (Chile)

soeursfsjgtoulon@gmail.com

www.fsjc.fr

Facebook: Fraternidad de San José Custodio – Hermanas

Hermanos Fraternidad de San José Custodio

Presbytère-Rue Joseph Laure
83250 LA LONDE-LES-MAURES
France

TEL.
+33 647545318 (Francia)
+56998775125 (Chile)

contact@fsjc.fr

www.fsjc.fr

Facebook: Fraternidad de San José Custodio